



Félix Amador Gálvez

EL ABSURDO ARQUETIPO DEL SUPERHÉROE MULTICOLOR

–Me llamo Silvino y soy superhéroe.

–Hola, Silvino –dijeron todas las voces a coro.

Varios pares de ojos lo estudiaron con el ansia y la curiosidad de una orgía de caníbales, ojos grandes, ojos pequeños, ojos curiosos.

Silvino los observó uno por uno con cierta insoportable congoja atada a la nuez, y luego dirigió una mirada de súplica al psicólogo encargado de moderar la terapia.

Este pareció volver de otro mundo cuando esbozó, con voz atiplada y no exenta de una incómoda afectación, algo así como una negativa.

–No seas vergonzoso, Silvino. Ya los conoces a todos. Todos han tenido la amabilidad de presentarse. Háblanos de ti.

Silvino repasó el grupo con la mirada. El del caracolillo en la frente y los calzoncillos rojos por fuera le resultaba conocido, pero sólo eso: vagamente conocido; la chica de los ojos de fuego se había sentado aparte después de quemarle las coletas a una morena imponente disfrazada de gatita; un tipo verde, otro con acento extranjero y escamas en las manos, una asturiana con tentáculos en lugar de brazos; gente, en definitiva, con la que no se sentía cómodo. Apenas recordaba algún que otro nombre, pronunciado con voz cantarina como en un pasar lista que habían ensayado más de una vez, seguro, seguro, y que habían repetido al principio de la sesión, como si eso le pudiera hacer olvidar que estaba rodeado de ocho desconocidos entre los que se hallaba aquel maldito psicólogo de pelo engominado que quería ponerlo en evidencia con su acento argentino.

–Ánimo, adelante –susurró, persuasivo.

Silvino se recordó cuánto costaba la sesión. Cerró los ojos, tomó aire y estaba a punto de continuar cuando oyó de nuevo la monodía del coro susurrarle alrededor.

–Ánimo, Silvino.

–Ánimo, Silvino.

–Ánimo, Silvino.

Abrió los ojos, *animus interruptus*.

–Tú puedes, Silvino –le espetó una voz tronante. Fue como un abrazo de oso desde la distancia. Había sido el del caracolillo en la frente y la “S” roja en el pecho. Mucho músculo y

poco cerebro, el gañán seguro que era de los que se dedica a salir por las tardes a salvar gatos de los árboles y a detener helicópteros en plena caída. Y lo haría en el centro, claro, donde más gente pudiera verle. Como si no se le viera el plumero de súper de moda.

–Vamos a ver si puedo animarte –se lanzó el terapeuta–. ¿Por qué estás aquí? Seguro que sientes que podemos ayudarte. ¿Sí?

Silvino lo dejaba hablar, sintiendo que no tenía más remedio, y se dejó llevar por el rosario de sus penas en los labios de aquel insoportable desconocido mientras el coro de experimentados depresivos meneaba la cabeza asintiendo a cada afirmación como si les estuvieran leyendo el Nuevo Testamento o algún pasaje de *El perfecto héroe*, “biblia” a su vez de los modernos superhombres.

–Sabemos que te auto-exiliaste lejos de la tierra –estaba diciendo el psicólogo–. ¿Fue tras aquella terrible batalla contra Tango Malvado? ¿Fue él el culpable de que (no debería usar este término) huyeras?

–No, no, no –protestó Silvino–. No. No fue así. Llegué hasta el confín del universo persiguiéndole. Me vino bien. Nunca he conseguido sentirme bien en ningún sitio, de modo que decidí quedarme por allí algún tiempo, aprender de él para poder vencerlo. Recorrí el universo conocido y algunas urbanizaciones más apartadas defendiendo la justicia y, cuando no era posible, procurando buscar por lo menos el consenso... Cosa difícil el consenso. Se vende bien como palabra, pero al final todos mienten y todos quieren lo mismo con tal de llevarse el gato al agua. Bueno, me estoy yendo por las ramas. Recorrí, como iba diciendo, el universo conocido. Capturé villanos desde Alfa Eridiani hasta Beta Centauri.

–Qué bonita metáfora. El alfa y la beta... –lo interrumpió el terapeuta.

–No creerían lo bonita que es la Nebulosa del Cono –añadió, soñador, la vista perdida en la ventana enrejada–. A veces, Tango Malvado y yo nos encontrábamos y echábamos unas peleas de las nuestras. En otras ocasiones, tenía enemigos menores, pero no menos interesantes. Pasé algunas semanas en los alrededores del cinturón de asteroides persiguiendo a unos contrabandistas de Orion que pretendían introducir Windows en los planetas de la periferia. Imaginen qué fechoría. Gané, claro. Fueron buenos tiempos...

Su voz se había ido desinflando con las últimas sílabas, arrugándolo en un estado de lo que los expertos en superpsicología denominan ACP (autocomplacencia en el pasado).

–Y has vuelto. ¿Por qué?

Silvino tragó saliva, indeciso, arrepintiéndose de nuevo de haber ido a aquella absurda terapia para seres superdotados con problemas de súper, híper o microestima.

Suspiró profundamente, en apariencia resignado a “cantarlo” todo, aunque lo que en realidad pretendía hacer era tomar aire.

–Siempre he querido ser el superhéroe ideal –comenzó–, siempre quise convertirme en el mejor campeonador, paladín, adalid... En fin, encajar en la matriz del superhéroe al uso: ético, estético, heroico, fantástico, clásico, psicológico, chamánico, lúdico, fílmico, excéntrico, nada prosaico, algo irónico...

–¡Cuánto “ico”! –se quejó el tipo verde, desperezándose.

–...y políticamente correcto. –Se quedó un momento pensativo al notar que este último epíteto no rimaba–. Desde que era joven he intentado dar un sentido a mi vida y a mis supermisiones surfeando entre la lírica y la metafísica... –Hizo una pausa al ver la expresión boquiabierta de casi todos–. En fin, ya saben –tartamudeó–, hacerlo bonito.

–¿Cómo? –inquirió, carraspeando las palabras, el terapeuta. Silvino se sintió resbalar por su afable asertividad de manual.

–Verán. Siempre me he comportado, irguiéndome sobre la simbología arquetípica del

superhombre, dilema axiológico e ideológico que aún en nuestros días continúa embelesando a la humanidad, pero ser un símbolo para los hombres (ahora se debe añadir:) y las mujeres, ser un ejemplo para los niños (y para las niñas) y un dechado de virtudes y primores no es fácil. Yo quería personificar con mis actos la complicada amalgama del espíritu humano (humano pero aupado a la deidad de los superpoderes) a través de mi sacrificio, de mis hazañas, pero a veces, ¡sólo a veces!, me siento cansado, tengo ganas de dejarlo todo y dedicarme a otras cosas.

–¿Qué cosas? –preguntaron a coro varios de los presentes.

Dudó.

–No sé. Quizás algo artístico.

–Yo hago una *mousse au chocolat* de chuparse los dedos –intervino la morena de las coletas quemadas.

–Vaya –rió el de la “S” en el pecho, pero Silvino ya se había soltado la melena.

–No, en serio. Algo artístico. Quizás pintar... o escribir. Para esos quehaceres no hacen falta cualidades superiores ni habilidades fuera de lo común y, si me apuran, ni incluso un ingenio especial. Pero esta dualidad entre dos sentimientos antagónicos...

Calló. El psicólogo se meció en su sillón, pensativo. Al cabo, se reclinó hacia él con el ceño fruncido y una pregunta en los ojos.

–¿Qué es eso tan terrible que te ha hecho cambiar de opinión?

Silvino el titán, semidió entre mortales, macho entre machos, tragó saliva.

–Tango Malvado se rió de mí.

Silencio alrededor. Ninguna risita. Sólo algún carraspeo sospechoso. Miradas.

–Cuéntenos –fue la asertiva propuesta del terapeuta.

–No quiero hablarlo... Me dolió... Nunca... –Hizo una pausa tan larga que algunos pensaron que le ocurría algo; otros, que se había dormido-. Nunca he soportado los colores chillones. ¿Han visto el traje tan elegante que lleva Tango Malvado? Un Armani de los clásicos, camisa blanca, corbata italiana... A ver, ¿por qué tengo yo que llevar leotardos? ¿Qué significan estas mangas que cuelgan? ¡Son inútiles! ¿Y esta capa? ¿Por qué he de llevar capa si estorba más que sirve? ¿Sabe cuántas veces me la he pisado cuando, yendo a cenar con una chica, he ido a sentarme? ¡He sido el hazmerreír del restaurante! ¡He hecho el ridículo! ¿Quién demonios estableció este absurdo arquetipo de superhéroe multicolor? ¿Se han mirado ustedes? –espetó al grupo, intentando involucrarles-. ¿Se han preguntado alguna vez si no harían mejor su trabajo con una ropa más cómoda, con un chándal o unos vaqueros? ¿Y qué me dicen de un buen traje para una misión en una embajada? ¿Qué tiene el puñetero Tango Malvado que no tengamos nosotros? Si parece un 007... Yo se lo diré. ¡Derechos! ¡Él tiene derechos y nosotros no! Nosotros no tenemos siquiera el derecho a una ropa digna.

–Calma, calma. Psssssss...

–¡No! Estoy hablando de dignidad. ¡La gente se ríe de mí! –protestó, casi llorando-. ¡Se ríe de mí! ¡Todos se ríen de mí!

–Nooooo –le recriminó, paternal, el psicólogo-. Eso es sólo una impresión subjetiva...

–¡Pamplinas! –estalló el héroe-. ¿Por qué tenemos que vestir con leotardos los seres más dotados y más imprescindibles del universo? ¿Sabe lo que le digo? ¿Saben lo que les digo? –Lanzó una encarnizada mirada a los presentes. Alguien del corro parecía divertido con su salida de tono, otros respondieron con la indiferencia en sus superfacciones; sólo la chica de los ojos de fuego se atrevió a desafiarle desde la distancia-. Me marchó –proclamó-. Lo dejo. Voy a retirarme a alguna isla desierta, dedicarme a pintar cuadros abstractos y a dar estos trapos a la beneficencia. Si quieren saber algo más de mí, busquen en los libros de

historia. Hasta nunca.

Y, diciendo esto, salió por la puerta y jamás se le volvió a ver, salvo, claro está, en algunas películas y series que se rodaron sobre su mito. Nunca fue más famoso que después de desaparecido. Gracias al cine, se convirtió en un icono. *Silvino* fue un éxito de taquilla. Luego vinieron *Silvino II (el regreso)*, *Silvino III* y *Silvino IV*. Tango Malvado fue interpretado por un elegante ex-modelo y, gracias a los diseñadores de vestuario de Hollywood, Silvino fue para siempre recordado con unas mallas, si cabe, aún más chillonas y estrambóticas que las que había vestido durante su vida en activo.

*

Félix Amador Gálvez
Moguer, a 26 de febrero de 2007

Mi currículum aquí: www.tinyurl.com/33oeqe